

Teología especulativa

MARIO
PARAJÓN

Hijo de un gendarme, teólogo muy joven, obispo casi de inmediato, padre del Concilio al poco tiempo y muy poco después Prefecto de la congregación para la Doctrina de la Fe, no es noticia que Joseph Ratzinger despierta enconos y adhesiones dentro y fuera de la Iglesia. Se le tiene por el hombre duro de la intransigencia dogmática o por el defensor de un depósito con dos mil años de vida que se resiste a que lo alteren o a que intenten hacerlo perecer.

El hecho es que hay que contar con Ratzinger y que Ratzinger no se resigna a ser ese amado y temido Prefecto: continúa con su reflexión teológica, encuentra tiempo para escribir y siempre suscita comentarios. Es muy claro en su expresión, como profesor muy acostumbrado al trato directo con los discípulos (él se enorgullece de haberse llevado siempre muy bien con ellos), y a la vez parece empeñado en unir la teología especulativa a la práctica de una teología espiritual remitida en última instancia a la vida personal de los creyentes. No escribe libros gruesos, no se vale de tecnicismos y es muy aficionado a contar en qué

LITERATURA

circunstancias concretas le surgió tal idea o tal otra.

Ahora Ediciones Encuentro nos ha facilitado la manera de conocer un poco mejor al cardenal tan discutido. Se trata de una edición de su libro reciente: *Mi Vida. Recuerdos (1927-1977)*. En la cubierta aparece Su Eminencia caminando por entre las columnas de Bernini con expresión sonriente y bondadosa. La misma editorial

nos ofrece otro texto, por cierto fascinante: *Joseph Ratzinger, William Congdom: El sábado de la historia*. (Ediciones Encuentro, 1998. Traducción de Gabriel Lanzas). En los dos hay autobiografía y teología. En el segundo, además, hay arte y una interesante coincidencia del pensamiento del cardenal con la sensibilidad contemporánea.

Pero empecemos por el primero. Ratzinger nos cuenta su vida en cien páginas. Antes, en la *Introducción*, Angelo Scola nos instruye sobre el pensamiento del cardenal. Lo hace con su mínimo de travesura, como si darnos pistas a propósito de las claves de la teología de Su Eminencia, fuera casi una intromisión, pero lo que nos dice resulta precioso para llegar al fondo de una aventura del espíritu que aún está en plena ebullición.

Del texto del cardenal se podría escribir mucho, pero lo más importante de lo que expresa parece ser su manera de optar por la tradición como lugar primero donde lo revelado se manifieste. Hubo en el Concilio quienes pensaron que la revelación se expresaba en la Sagrada Escritura; y que ella no era sólo el ámbito de la misma, sino la revelación sin más. Ratzinger piensa que la Sagrada Escritura siempre se interpreta, valiéndose ahora los exégetas del método histórico-crítico, lo cual trae consigo que haya muchas interpretaciones y que éstas sufran una

modificación incesante. El cardenal entiende que la Iglesia está llamada a presentar verdades sin fisuras.

Lo interesante es que esta manera de enfocar los problemas le viene al cardenal de su infancia. Toda ella transcurrió en la maravilla de la fascinación litúrgica. Su familia, sus vecinos, su párroco, vivían el año en la doble dimensión de la cronología y el tiempo circular: Adviento, Navidad, Semana Santa, etc..., rosario ininterrumpido gracias al cual venía lo eterno a insertarse en lo temporal y la vida no era algo fugaz que se escapaba, sino la que se retenía en esas mallas tan finas tejidas en la división de lo sagrado — el espacio del templo y el rito de la misa—; y lo profano: la sucesión de los días, con sus trabajos y alegrías.

Por ese camino puede comprenderse *El sábado en la historia*. Como presentación, montaje, calidad en las reproducciones, imposible mejorarlo. Se dice que Ratzinger lo regala a sus amigos y no oculta su euforia ante la belleza del libro. Está compuesto por Paolo Mangini, vicepresidente de la Foundation for Improving Understanding of the Arts, institución que ha hecho suya la divulgación de la obra pictórica de William Congdom. Mangini nos explica por qué y cómo coinciden Ratzinger y Congdom en este libro. No se trata de un texto del cardenal ilustrado por las pinturas del

artista. Congdom y Ratzinger no inventaron el proyecto, apenas si se conocieron sólo en encuentros esporádicos y sin imaginarse que alguien los reuniría en un libro. Ese alguien ha sido Mangini. Familiarizado con la obra del pintor y con los escritos teológicos del cardenal, descubrió que ambos, por supuesto sin proponérselo,

coincidían en hábitos el sábado

santo. El sábado santo es el día al que Mangini define como el de la “suspensión de lo sagrado”. El jueves santo lo aprovecha Jesús para despedirse de sus discípulos, les anuncia la venida del Consolador, les habla de las moradas que piensa prepararles, les encarece que se amen como Él les ha amado. El viernes cambia el panorama. De lo divino se pasa a lo más terriblemente humano. Y al viernes, sucede el sábado, el día de la muerte de Dios y del recorrido de Cristo por el ámbito de lo nocturno.

El encuentro de Congdom y de Ratzinger es involuntario, pero eso no significa que el hecho de verse reunidos en este libro constituya una arbitrariedad. El pintor y el cardenal, cada uno por su camino, coinciden en el mismo estremecimiento ante el vacío, la misma interrogación, igual horror; y también igual consuelo, igual recuperada fortaleza e igual esperanza. La cruz no se limita a traer al presente el recuerdo de lo pasado más doloroso; es también la que señala al futuro, la que le marca el rumbo al sendero a seguir.

* * *

Acabo de recibir un libro de Tusquets que merece lectura detenida, y si es posible nocturna. Es un libro grueso de poemas; y la poesía demuestra su calidad, o su falta de la misma, cuando se lee una vez

que todo calla a nuestro alrededor y que la hora del sueño se acerca. Se requiere para juzgarla un estado de extrema lucidez, todo lo contrario del sonambulismo, y al mismo tiempo algo así como un desprendimiento de los objetos y de lo que a lo largo del día nos ha traído caricias, rasguños, malestares, mínimos gozos o pequeñas preocupaciones.

El autor es Carlos Bousoño, el volumen de páginas alcanza la cifra de las ochocientas cincuenta y seis y el contenido la cifra de diez títulos escritos a lo largo de cincuenta años de trabajo incesante. Algo ha llovido desde que Bousoño se presentó en casa de Aleixandre, que se hizo discípulo de Dámaso Alonso y publicó su primera versión de la *Teoría de la Expresión Poética* y la *Subida al Amor* en 1945. Un caso ejemplar de entrega a la vocación, ejercicio admirable de cátedra, cordialidad permanente, ninguna amargura ni odio y cultivo de una poesía refinada, sorpresiva, sumamente inteligente y muy bien enterada de que las heridas más graves no nos las hacen ni los padres traumatizantes, ni los amigos que traicionan, ni las puertas que se nos cierran, sino la vida misma, lo cual, vista la realidad con los ojos del poema, le abre el horizonte a un escorzo donde por alguna parte nunca falta algo que deslumbre.

Topar con ese deslumbramiento, darle cita al

LITERATURA

horror y de inmediato soslayarlo, decir sin decir lo que se guarda más en la cercanía del pecho que de la espalda, todo eso y mucho más es lo que Bousoño nos reserva (Carlos Bousoño. *Primavera de la Muerte*. Tusquets, 1998).

* * *

José Luis Cañas, *Gabriel Marcel, filósofo, dramaturgo y pensador*, Ediciones Palabra. Madrid 1998.

Alegrémonos de que la obra de Gabriel Marcel se abre paso en España y en Hispanoamérica y lamentemos a la vez que no ocurra lo mismo en Francia. Aparte de este libro del profesor Cañas, Ediciones Caparrós ha publicado *Ser y Tener* y en Ediciones Encuentro existe el opúsculo del filósofo que el cardenal de Lu Bac calificó como el aporte suyo más importante a la filosofía.

Este libro de Cañas presenta una novedad digna de gratitud: en la primera parte de la misma aparece la biografía de Marcel y en la segunda se le estudia desde la triple perspectiva de su condición de filósofo, dramaturgo y músico.

Nada le hubiera complacido tanto. Para Marcel la pretensión del idealismo con respecto al llamado pensamiento objetivo, era sencillamente una falacia. Pensaba que no había tal pensamiento objetivo, primero porque la realidad nunca era un objeto aunque en ella los hubiera; y después porque la imparcialidad del sabio equidistante, en el fondo era una "postura" y sólo eso. Todas las doctrinas emergen de situaciones dramáticas que ha vivido el hombre en su experiencia; y si la reflexión surge en ellas es porque se

necesita con urgencia ni más ni menos que para seguir viviendo, lo cual significa que su filosofía es ininteligible si se prescinde de su vida.

Por eso nuestro autor insistía en que que tan filosófico era su pensamiento puesto en conceptos como la aparición del mismo en dramas donde se asistía a la lucha de sus personajes debatiéndose en la batalla por darle alcance al Ser y no precipitarse en la Nada. El papel de la música tampoco se puede ignorar en este planteamiento tan radicalmente existencial del mundo de las ideas: representaba para Marcel la conquista de la seguridad en sí mismo. Oyendo a Bach (las Cantatas), al último Beethoven, a Ducas, al Debussy de *Pelleas*, hacía la experiencia de la plenitud del espíritu gracias a la cual accedía de nuevo al drama de lo real lleno de confianza.

Cañas hace un velocísimo recorrido por todo Marcel. Cuenta la vida, clasifica la obra, describe el contenido de los libros principales, analiza uno de los dramas y hace una semblanza de los personajes cercanos al filósofo, desde la inolvidable tía Margarita hasta la muy abnegada Jacqueline Marcel. Los profesores encontrarán un libro muy útil para la preparación de sus clases sin perderse en la selva de su aparente y entrañable desorden filosófico.

Lo mejor del libro de Cañas es la primera parte. Cuando se refiere a su pensamiento en la segunda, se extraña que no mencione lo que atañe al Ser, a la participación, al significado que le dio a la experiencia, al sentir como punto de partida del conocimiento y al hecho de ser el hombre de condición corpórea, dato para él tan decisivo. La “reflexión segunda” merecía igualmente ser nombrada.

Pero pese a estos reparos y a los que podrían señalarse a la

redacción de la obra, es innegable que la bibliografía de Marcel en español se ha enriquecido y que el plan de conjunto trazado por Cañas es un excelente alveolo para proseguir un estudio fascinante.